

Espíritus y Médiums



LÉON
DENIS

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespírita.org



www.ebookespírita.org

Espíritus y Médiums

León Denis

INDICE

El Espiritualismo Experimental o Espiritismo

Los fenómenos Espiritas

Naturaleza de la Mediumnidad

Práctica de la Mediumnidad

Análisis de la Mediumnidad

EL ESPIRITUALISMO EXPERIMENTAL

O

ESPIRITISMO

Resumen General.

En nuestros días, más que nunca, el Espiritismo llama la atención del público. Se habla con frecuencia de casas encantadas, de fenómenos de telepatía, de apariciones y materializaciones de espíritus. La ciencia, la literatura, el teatro y la prensa se ocupan de ello muy a menudo y los experimentos del Instituto Metapsíquico, los testimonios del gran escritor inglés Conan Doyle y las encuestas abiertas por algunos periódicos parisienses, dan a esta cuestión un carácter de actualidad constante.

Examinemos, pues, este problema y averigüemos por qué el Espiritismo, tan frecuentemente sepultado, reaparece sin cesar y crece de día en día el número de sus partidarios.

¿No es acaso una cosa extraña? Tal vez jamás en la historia se haya producido nada igual. Nunca había visto un conjunto de hechos considerados imposibles al principio, cuya sola idea provocaba, en general, antipatía, recelo, desdén, hechos que excitaban la hostilidad de varias instituciones seculares, acabar por imponerse a la atención y hasta la convicción de hombres cultos, competentes, autorizados por sus funciones y por su carácter. Estos hombres, primeramente escépticos, han terminado por reconocer y afirmar la realidad de los aludidos fenómenos, después de estudiar, investigar y experimentar.

El ilustre sabio inglés William Crookes, conocido en el mundo entero por su descubrimiento del estado radiante de la materia, que durante tres años obtuvo en su casa materializaciones del espíritu Katie King, en condiciones de control riguroso, decía hablando de estas manifestaciones: "Yo no digo que esto sea posible, yo digo que esto es"

Oliver Lodge, rector de la Universidad de Birmingham, miembro de la Sociedad Real, escribió: "Yo he sido personalmente llevado a la certidumbre de la existencia futura por pruebas que reposan sobre una base estrictamente científica" (1)

(1) *Annales des Sciences Psychiques*. 1897, pag. 158

Federico Myers, profesor de Cambridge, a quien el Congreso Internacional de Psicología de París, en 1900, eligió presidente de honor, en su hermoso libro "La Personalidad Humana", llega a la conclusión de que nos vienen del más allá de la tumba voces y mensajes. Hablando de la médium, señora Thompson, escribe: "Yo creo que la mayoría de estos mensajes vienen de espíritus que se sirven temporalmente del organismo de los médiums para darnoslos"

El célebre profesor Lombroso, de Turín, declaró en la Lettura: "Los hechos de las casas de duendes, en las cuales se reproducen apariciones y ruidos acorde con el relato de muertes trágicas, y observados sin la presencia de ningún médium, abogan en favor de la acción de los difuntos. Con frecuencia se trata de casas deshabitadas, en las que estos fenómenos se producen a veces durante varias generaciones y aún durante siglos". (2)

(2) Annales des Sciences Psychiques, febrero 1908.

El señor Boutroux, filósofo bien conocido, disertaba hace poco en brillantes conferencias acerca de los espíritus y las comunicaciones medianímicas asegurando que "la puerta subliminal es la abertura por donde lo divino puede entrar en el alma humana. A veces, decía, las revelaciones espiritistas son tan extrañas que parece efectivamente que el sujeto esté en comunicación con seres distintos de los que le son accesibles normalmente". (3)

(3) Annales des Sciences Psychiques junio 1910.

William James, rector de la Universidad de Harvard, Nueva York, eminente psicólogo fallecido hace algunos años, afirmaba la verosimilitud de las comunicaciones con los difuntos, en su estudio publicado en 1909 en los Proceedings, acerca de su amigo Hodgson ya fallecido, que venía a conversar con él por la mediumnidad de la señora Piper. Y escribía que "estos fenómenos dan la impresión irresistible de que es realmente la personalidad de Hodgson, con sus características propias", y que "el sentimiento de los asistentes era de que conversaban con el verdadero Hodgson". (4)

(4) Revue Scientifique et Litteraire, octubre 1910, pág. 212.

La cuna del Espiritismo o Espiritualismo Moderno está en América. En realidad, los fenómenos del más allá se encuentran en la base de todas las grandes doctrinas del pasado. En casi todos los tiempos, el mundo de los vivos ha mantenido relación con el Mundo Invisible. Pero en la India, en Egipto y en Grecia, estos estudios eran privilegio de un cierto número de investigadores y de iniciados. Los resultados se ocultaban cuidadosamente. Para que este estudio fuese accesible a todos y se conociesen las verdaderas leyes que rigen el Mundo Invisible; para enseñar a los hombres a ver en estos fenómenos, no un orden de cosas sobrenaturales, sino un dominio ignorado de la naturaleza y de la vida, era necesario el trabajo inmenso de los siglos, todos los descubrimientos de la ciencia, todas las conquistas del espíritu humano sobre la materia. Era preciso que el hombre conociese su verdadero lugar en el Universo, que aprendiese a medir la debilidad de sus sentidos y su impotencia para explorar por sí mismo y sin ayuda todos los dominios de la naturaleza viva.

La ciencia, con sus inventos, ha atenuado esta imperfección de nuestros órganos. El telescopio ha abierto a nuestra mirada los abismos del espacio, el microscopio nos ha revelado lo infinitamente pequeño. Por doquier se nos ha aparecido la vida, tanto en el mundo de los infusorios cuanto en la superficie de los globos gigantes que ruedan en la hondura de los cielos. La física ha descubierto las leyes que regulan la transformación de las fuerzas y la conservación de la energía, y las que mantienen el equilibrio de los mundos. La radioactividad de los cuerpos ha revelado la existencia de poderes

desconocidos e incalculables: rayos x, ondas hertzianas, radiaciones de todas clases y de todos los grados. La química nos ha hecho conocer las combinaciones de la sustancia. El vapor y la electricidad han venido a revolucionar la superficie del globo, facilitando las relaciones entre los pueblos y las manifestaciones del pensamiento, para que las ideas resplandezcan y se propaguen a todos los puntos de la esfera terrestre.

Hoy el estudio del Mundo Invisible viene a completar esta magnífica ascensión del pensamiento y de la ciencia. El problema del más allá se yergue frente al espíritu humano con poder y autoridad.

Hacia fines del siglo diecinueve, el hombre, desengañado de todas las teorías contradictorias, de todos los sistemas incompletos que se le presentaban, se abandonaba a la duda; perdía, cada vez más, la noción de la vida futura. Fue entonces cuando el Mundo Invisible vino a él y le persiguió hasta su propia morada. Por diversos medios, los muertos se manifestaron a los vivos. Las voces de ultratumba hablaron. Los misterios de los santuarios orientales, los fenómenos ocultos de la Edad Media, tras un largo silencio, reaparecieron.

El Espiritismo nació.

Las primeras manifestaciones del Espiritualismo Moderno se produjeron allende los mares, en un mundo joven lleno de energía vital, de expansión ardiente, menos sujeto que la vieja Europa al espíritu de rutina y a los prejuicios del pasado. De allí se han esparcido por todo el globo. Esta elección fue profundamente sensata. La libre América era, en efecto, el ambiente más propicio para una obra de difusión y de renovación. Por eso se cuenta hoy, allí, veinte millones de "espiritualistas modernos". (5)

(5) "Modern Spiritualists" es el nombre que se les da en Norte América a los espiritistas.

Por tanto de un lado del Atlántico cuanto del otro, aunque con diversa intensidad, las fases del progreso de la idea espírita han sido idénticas. En ambos continentes, el estudio del magnetismo y de los fluidos había preparado a ciertos espíritus para la observación del Mundo Invisible. Primeramente se produjeron hechos extraños en todas partes, hechos de los que nadie se atrevía a hablar sino en voz baja, en la intimidad. Después, poco a poco se fue elevando el tono. Hombres de talento, sabios cuyos nombres son garantía de honorabilidad y de sinceridad, se atrevieron a hablar en voz alta de estos hechos, afirmándolos. Se habló de hipnotismo, de sugestión; después vinieron la telepatía, los casos de levitación y todos los fenómenos del Espiritismo.

Se agitaban las mesas en loca ronda; se desplazaban objetos sin contacto, resonaban golpes en las paredes y los muebles. Todo un conjunto de hechos se producían; manifestaciones vulgares en apariencia, pero perfectamente adaptadas a las exigencias del medio terrestre, al estado de espíritu positivo y escéptico de la sociedad moderna.

El fenómeno hablaba de los sentidos, porque los sentidos son como aberturas por donde el hecho penetra hasta el entendimiento. Las impresiones producidas en el organismo despiertan sorpresa, incitan a la búsqueda y conducen a la convicción. De ahí el encadenamiento de los hechos, la marcha ascendente de los fenómenos.

En efecto después de una fase material y grosera, las manifestaciones tomaron un aspecto nuevo, los golpes se hicieron más regulares y se convirtieron en un modo de

comunicación inteligente y consciente; la escritura automática se divulgó. La posibilidad de establecer relación entre el mundo visible y el invisible, apareció como un hecho inmenso, derribando las ideas heredadas, derrumbando las enseñanzas habituales, pero abriendo sobre la vida futura una salida que el hombre no se atrevía aún a franquear, deslumbrado por las perspectivas que se abrían ante él.

Al mismo tiempo que se propagaba, el Espiritismo veía alzarse contra sí numerosas oposiciones. Como todas las ideas nuevas, tuvo que afrontar el desprecio, la calumnia, la persecución moral. Tal como el Cristianismo en sus comienzos, fue abrumado de amarguras y de injurias. Siempre acontece así. Cuando nuevos aspectos de la verdad aparecen a los hombres, siempre provocan asombro, desconfianza, hostilidad.

Es fácil comprenderlo. La humanidad ha agotado las viejas formas de pensamiento y de creencia, y cuando formas inesperadas de la verdad se revelan, no parecen responder mucho al antiguo ideal, que está debilitado, pero no muerto. Por eso se necesita un período bastante largo de estudio, de reflexión, de incubación para que la nueva idea se abra camino en la opinión. De ahí las luchas, las incertidumbres, los sufrimientos de la primera hora.

Se han reído mucho de las formas que ha tomado el Nuevo Espiritualismo. Los poderes invisibles que velan sobre la humanidad son mejores jueces que nosotros de los medios de acción y de adiestramiento que conviene adoptar, según los tiempos y los ambientes, para conducir al hombre al cumplimiento de su papel y de su destino, sin por eso trabar su libre albedrío. Porque eso es lo esencial: que la libertad del hombre quede intacta.

La voluntad superior sabe ajustar a las necesidades de una época y de una raza las formas nuevas de la eterna revelación. Ella suscita en el seno de las sociedades, los pensadores, los experimentadores, los sabios que indicarán la vía a seguir y pondrán los primeros jalones. Su obra se desarrolla lentamente. Los resultados son al principio débiles, insensibles, pero la idea penetra poco a poco en las inteligencias. El movimiento, por ser imperceptible, no es por ello menos seguro y profundo.

En nuestra época, la ciencia se había erigido en dueña soberana, en directora del movimiento intelectual. Cansada de las especulaciones metafísicas y de los dogmas religiosos, la humanidad reclamaba pruebas sensibles, bases sólidas sobre las cuales poder asentar sus convicciones. Se hacía al estudio experimental, a la observación de los hechos, como a una tabla de salvación. De ahí el gran crédito de los hombres de ciencia en la hora actual. Por eso la revelación ha adquirido un carácter científico. Con hechos materiales se ha llamado la atención de los hombres que se habían vuelto materialistas.

Los fenómenos misteriosos que se hallaban diseminados en la historia, se han renovado y multiplicado en derredor de nosotros: se sucedieron en orden progresivo que parece indicar un plan preconcebido, la ejecución de un pensamiento, de una voluntad.

A medida que el Nuevo Espiritualismo ganaba terreno, los fenómenos se iban transformando. Las manifestaciones groseras del comienzo se perfilaban, tomando un carácter más elevado. Ciertos médiums recibían por medio de la escritura, de una manera mecánica o intuitiva, mensajes, inspiraciones de fuente extraña. Instrumentos musicales tocaban solos. Se oían voces y cantos; penetrantes melodías parecían bajar del cielo y turbaban el ánimo de los más incrédulos. La escritura directa aparecía en el

interior de pizarras yuxtapuestas y lacradas. Los fenómenos de incorporación permitían a los difuntos tomar posesión del organismo de un sujeto dormido y conversar con quienes le habían conocido en la Tierra. Gradualmente y como consecuencia de un desarrollo calculado, aparecían los médiums videntes, parlantes, curadores.

En fin, los habitantes del espacio, revistiéndose de envolturas temporales, venían a reunirse con los humanos, viviendo unos instantes su vida material y terrestre dejándose ver, tocar, fotografiar, dando impresiones de sus manos y de sus rostros y desvaneciéndose luego para proseguir su vida etérea.

Así es como se ha producido un encadenamiento de hechos, durante más de medio siglo, desde los más inferiores y vulgares hasta los más sutiles, según el grado de elevación de las inteligencias, que intervienen; todo un orden de manifestaciones se ha desarrollado bajo la mirada de atentos observadores.

Por ello, y pese a las dificultades de experimentación, pese a los casos de impostura y a los modos de explotación en los que estos hechos han servido a veces de pretexto, la aprensión y la desconfianza se han ido atenuando paulatinamente y el número de los investigadores ha ido creciendo.

Desde hace cincuenta años, en todos los países el fenómeno espírita ha sido objeto de frecuentes investigaciones emprendidas y dirigidas por comisiones científicas. Sabios escépticos, profesores célebres de todas las grandes universidades del mundo, han sometido estos hechos a un examen profundo y riguroso. Su intención primaria ha sido siempre aclarar lo que ellos creían que se trataba del resultado de engaños deliberados o de alucinaciones. Pero casi todos después de años de estudios concienzudos y de experimentaciones perseverantes, han abandonado sus prevenciones y su incredulidad y se han inclinado ante la realidad de los hechos.

Las manifestaciones espíritas, comprobadas por millares de personas en todos los puntos del globo, han demostrado que alrededor de nosotros se agita un mundo invisible, un mundo donde viven en estado fluídico, aquellos que nos precedieron en la Tierra, que han luchado y sufrido, y que constituyen, más allá de la muerte, una segunda humanidad.

El Nuevo Espiritualismo se presenta hoy con un séquito de pruebas y un conjunto de testimonios tan imponente, que ya no es posible la duda para los investigadores de buena fe. Esto mismo expresaba el profesor Challis de la Universidad de Cambridge, en los siguientes términos:

"Las atestaciones han sido tan abundantes y tan perfectas, los testimonios han venido de tantas fuentes independientes entre sí y de un número tan grande de testigos, que se hace preciso o admitir las manifestaciones tal como se nos presentan, o renunciar a la posibilidad de certificar ningún hecho, en absoluto, por declaraciones humanas".

Por esta razón el movimiento de propagación se ha ido acentuando cada vez más. En la hora presente, estamos asistiendo a un verdadero florecimiento de las ideas espíritas. La creencia en el Mundo Invisible se ha extendido por sobre toda la faz de la Tierra. Por doquiera el Espiritismo tiene sus sociedades de experimentación, sus divulgadores, sus periódicos.

Si bien la filosofía, en sus más atrevidas especulaciones, había conseguido elevarse a la concepción de otro mundo de existencia después de la muerte del cuerpo, la ciencia humana, no obstante, no había logrado, experimentalmente, la certeza del hecho en sí. El valor del Espiritismo consiste, precisamente, en que nos proporciona esas bases experimentales, probándonos la posibilidad de comunicación entre los vivos y las inteligencias que han habitado entre nosotros antes de trasponer el umbral de la vida invisible. Estas almas han podido suministrar, en ciertos casos, la demostración de su identidad y de su estado de conciencia.

Para no citar sino un solo caso entre mil, el doctor Richard Hodgson, fallecido en diciembre de 1906, se ha comunicado después con su amigo J. Hyslop, profesor de la Universidad de Columbia, entrando en minuciosos detalles acerca de los experimentos y trabajos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, de cuya sección americana era presidente. Explicó como tendrían que dirigirlos, probando su identidad con todos estos detalles. Estas comunicaciones se transmitieron por intermedio de diferentes médiums que no se conocían entre sí, sirviendo de mutua confirmación. En ellas se reconocen las palabras y las frases familiares del comunicante durante su vida.

Aunque los comienzos del Espiritismo han sido difíciles y su marcha lenta y erizada de obstáculos, desde hace unos veinte años ha conquistado derecho de ciudadanía. Se ha convertido en una verdadera ciencia y, al propio tiempo, en un cuerpo de doctrina, una filosofía general de la vida y del destino, cimentada en un conjunto imponente de pruebas experimentales a las que cada día se agrega hechos nuevos. Esta ciencia, esta doctrina, nos ha mostrado cada vez mejor la realidad de un Mundo Invisible, incommensurable, poblado de seres vivientes que hasta ahora habían pasado inadvertidos a nuestros sentidos. Nuevos horizontes se nos han abierto. La perspectiva de nuestros destinos se nos ha ensanchado.

Nosotros mismos pertenecemos, por una parte de nuestro Ser, la más importante, a ese Mundo Invisible que se revela cada día a los observadores atentos. Los casos de telepatía, los fenómenos de desdoblamiento, las exteriorizaciones de personas vivas, las apariciones a distancia tantas veces descritas por F. Myers, C. Flammarion, Ch. Richet, los doctores Dariex y Maxwell, etc., lo demuestran experimentalmente. Las actas de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, de Londres, son ricas en hechos de este género.

Los espiritistas creen que esta parte invisible, imponderable de nuestro Ser, asiento inalterable de nuestras facultades, de nuestro "yo" consciente, en una palabra: lo que los creyentes de todas las Religiones han llamado alma, sobrevive a la muerte. Prosigue, a través del tiempo y del espacio su evolución hacia estados siempre mejores más iluminados por rayos de justicia, de verdad y de amor. Esta alma, este yo consciente, tiene como envoltura indestructible, como vehículo, un cuerpo fluídico, cañamazo del cuerpo humano, formado de materia sutil, radiante, invisible, sobre el cual no tiene la muerte acción alguna.

Nos hallamos aquí en presencia de una teoría, de una concepción susceptible de reconciliar a las doctrinas materialistas y espiritualista, que durante tanto tiempo se han combatido sin poder derribarse ni destruirse mutuamente. El alma no sería ya una vaga abstracción, sino un centro de fuerza y de vida, inseparable de su forma sutil, imponderable, aunque todavía material. Hay en ello una base positiva para las

esperanzas y las aspiraciones elevadas de la humanidad. Todo no termina con esta vida: el Ser indefinidamente perfectible recoge en su estado psíquico, que sin cesar se refina el fruto del trabajo, las obras, los sacrificios de todas sus existencias.

La queja dolorosa, el grito de llamada que se eleva hacia el cielo desde las profundidades de la humanidad, no queda sin respuestas. Aquellos que han vivido entre nosotros y continúan en el espacio su evolución indefinida, bajo formas más etéreas, no se desinteresan de nuestros sacrificios y de nuestras lágrimas.

Desde las cumbres de la vida universal caen sin cesar sobre la humanidad corrientes de fuerza e inspiración. De allí proceden los relámpagos del genio; de allí los soplos poderosos que pasan sobre las multitudes en las horas decisivas; de allí el consuelo para los que sucumben bajo la pesada carga de la existencia.

Un lazo misterioso une lo visible a lo invisible. Nuestro destino se desenvuelve sobre la cadena grandiosa de los mundos y se traduce en aumentos graduales de vida, de inteligencia, de sensibilidad.

Pero el estudio del Universo oculto no se hace sin dificultades. Allá como aquí, el bien y el mal, la verdad y el error se mezclan, según el grado de evolución de los espíritus con los cuales entramos relación. Por eso es necesario abordar el terreno de la experimentación con una prudencia extremada, después de estudios teóricos suficientes.

El Espiritismo es la ciencia que regula estas relaciones y nos enseña a conocer, a atraer, a utilizar las fuentes benéficas del Mundo Invisible, a separar las malas influencias y, al mismo tiempo, a desarrollar los poderes escondidos, las facultades ignoradas que duermen en el fondo de todo ser humano.

LOS FENÓMENOS ESPÍRITAS

Gustavo Le Bon tomó, en 1908, la iniciativa de una proposición que parecía perentoria: ofrecía una prima de dos mil francos al médium que produjese ante un comité competente un fenómeno de levitación a plena luz.

¿Por qué estipular a plena luz, si es notorio que este fenómeno no es normalmente posible sino con luz atenuada, dado que la luz viva ejerce una acción disolvente sobre la fuerza psíquica?

¿Qué se diría de un aficionado que exigiese, para admitir la fotografía, que ésta se produjese a plena luz, si, por lo menos hasta ahora, el fenómeno no necesita de la cámara oscura?

Notemos que la oscuridad completa no es necesaria para que se produzcan las levitaciones y bastará una luz roja atenuada para eliminar cualquier otro procedimiento o suposición de fraude. Por otra parte, ¿cuántos fenómenos naturales conocidos exigen una luz muy tenue, sino la oscuridad total?

El sabio imparcial observa la ley, la norma de un fenómeno, pero se guarda, ante todo, de pretender imponer a priori las condiciones de su producción. Los hechos de levitación sin contacto de muebles y personas, vaciados de manos y rostros han sido observados, en condiciones que desafían cualquier crítica, por sabios franceses y extranjeros. (6)

(6) Véanse mis obras "En lo Invisible", y "Cristianismo y Espiritismo"

Se han tomado fotografías, lo que descarta de un modo total la objeción de la sugestión. ¡La placa fotográfica no es propensa a las alucinaciones!

Los experimentos realizados de un modo rigurosamente científicos son muy numerosos. Citemos por ejemplo los del profesor Botazzi, director del Instituto de Fisiología de la Universidad de Nápoles, en mayo de 1907, ayudado por el profesor Cardarelli, senador y otros sabios.

Como quiera que los sentidos pueden evidentemente engañar, se sirvieron de aparatos registradores que permiten establecer no solamente la realidad, la objetividad del fenómeno, sino el gráfico de la fuerza que actúa. He aquí las principales medidas tomadas por el grupo de sabios ya citados que experimentaron con Eusapia Paladino como médium.

A un extremo de la sala, detrás de una cortina, preparan de antemano sobre una mesa:

- 1° Un cilindro cubierto de papel ahumado, movable alrededor de un eje;
- 2° Una balanza pesa-cartas;
- 3° Un metrónomo eléctrico Zimmermann;
- 4° Un pulsador telegráfico unido a otro señalador eléctrico;

5° Una pera de goma unida por medio de un largo tubo, a través del muro, a un manómetro de mercurio situado en la habitación contigua.

Como se puede ver, todo un lujo de precauciones tomadas por los indicados sabios investigadores, precauciones que debían darles seguridades, sin duda alguna, de que no eran engañados. En estas condiciones, todos los aparatos fueron impresionados a distancia, mientras las manos de Eusapia se hallaban sujetas por dos de los experimentadores y formaban círculo a su alrededor los demás.

Hace treinta años, Eusapia operaba en Milán en las siguientes circunstancias:

El diario Italia del Pópolo, de Milán, publicó con fecha 18 de noviembre de 1892 un suplemento especial con las actas de diecisiete sesiones verificadas en aquella ciudad. Está firmado este documento con los siguientes nombres: Schiaparelli, director del observatorio astronómico de Milán; Aksakof, Consejero del Estado ruso; Brofferio y Gerosa, profesores de la Universidad; Ermácora y G. Finzi, doctores en física; Charles Richet, profesor de la Facultad de Medicina de París, director de la Revista Científica y César Lombroso, profesor de la Facultad de Medicina de Turín.

Estas actas comprueban la producción de los siguientes fenómenos, obtenidos en la oscuridad, teniendo la médium los pies y las manos constantemente sujetos por dos de los asistentes:

"Transporte de diversos objetos sin contacto: sillas, instrumentos de música, etc. impresiones de dedos sobre papel ahumado; impresiones de dedos sobre arcilla; apariciones de manos sobre un fondo luminoso; apariciones de luces fosforescentes, levitación de la médium sobre la mesa; desplazamiento de sillas con las personas que las ocupan; toques sentidos por los asistentes".

En sus conclusiones, los experimentadores nombrados dejan establecido que en razón de las precauciones tomadas no era posible fraude alguno.

"Del conjunto de los fenómenos observados, dicen, se deduce el triunfo de una verdad que se ha hecho injustamente impopular".

¿Qué esplendor del lenguaje podría igualar el valor probatorio de este estilo claro y conciso? A estos testimonios podrían añadirse centenares de otros de igual valor.

¿Resultarán nulos a los ojos de nuestros contradictores y será necesario recomenzar los experimentos a cada nueva exigencia? Las sesiones de Eusapia incluyen muchos otros fenómenos más importantes aún.

El profesor Lombroso escribía en Arena de febrero de 1908: "Después del desplazamiento de un objeto muy pesado, Eusapia, en estado de trance, me dice: ¿Por qué pierdes el tiempo en estas bagatelas? Yo soy capaz de mostrarte a tu madre; pero es preciso que pienses en ello intensamente. Acuciado por esta promesa, después de una media hora de sesión, sentí un intenso deseo de ver si se cumplía, y la mesa pareció dar su asentimiento a mi pensamiento íntimo, con sus habituales movimientos de sucesivas elevaciones. De pronto en una semioscuridad, a la luz roja, vi aparecer una forma algo encorvada, como era la de mi madre cubierta con un velo, dio la vuelta a la mesa para llegar hasta mí, murmurando palabras que algunos presentes oyeron, pero que mi media sordera me permitió entender.

Entonces, al suplicarle que las repitiera, presa de aun viva emoción, me dijo: "¡Cesar, fío mío! Y después, apartando su velo, me dio un beso".

Lombroso recordaba a continuación las comunicaciones escritas o habladas en lenguas extranjeras, las revelaciones de hechos desconocidos tanto del médium cuanto de los asistentes y los casos de telepatía.

En Inglaterra, el fantasma de Katie King fue fotografiado por sir William Crookes, lo que destruye toda hipótesis de sugestión.

En un discurso pronunciado el 30 de enero de 1908, en la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, de Londres, sir Oliver Lodge, rector de la Universidad de Birmingham y miembro de la Academia de Ciencias (Royal Society), habla de mensajes obtenidos por ciertos médiums mediante la escritura automática.

"Los comunicantes han comprendido también como nosotros la necesidad de las pruebas de identidad y han hecho cuantos esfuerzos han podido para satisfacer esta razonable exigencia. Algunos de nosotros pensamos que lo han conseguido, otros todavía dudan. Sin dejar de desear la obtención de nuevas pruebas, yo soy de los que creen que ya se ha dado un gran paso y que es legítimo admitir en estos momentos que existen relaciones claras con personas fallecidas que, en los mejores casos, vienen a proporcionarnos una nueva masa de argumentos, haciendo de esta hipótesis la mejor hipótesis de trabajo.

En efecto, nosotros creemos que los malogrados Gurney, Hodgson, Myers (7) y otros menos conocidos, tratan de ponerse en comunicación constante con nosotros, con la intención bien definida y expresa de demostrarnos pacientemente su identidad y darnos el control recíproco de médiums desconocidos entre sí.

(7) Miembros fallecidos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas.

Las correspondencias cruzadas, es decir, la recepción por un médium de una parte de la comunión y el resto por otro médium, sin que se pueda comprender el sentido de ninguna de estas partes por separado sin el concurso de la otra, es una prueba de que una misma inteligencia actúa sobre los dos sensitivos. Si, además de esto, el mensaje tiene las características de una persona fallecida y es recibido a dicho título por observadores que no la conocen íntimamente, podemos ver en ello la prueba de la persistencia de la actividad intelectual de esta persona. Si, en fin, obtenemos de ella un trozo de crítica literaria que tiene evidentemente su estilo peculiar y propio, y es imposible que proceda de individuos ordinarios, entonces tengo que declarar que una prueba tal, absolutamente impresionante, tiende a tomar el carácter crucial. Y esta es la clase de pruebas que la Sociedad puede comunicar sobre este punto.

Las fronteras entre ambos estados, el presente y el futuro, tienden a borrarse. Así como en medio del resonar del agua y de los ruidos diversos, durante la horadación de un túnel, oímos de vez en cuando el ruido de los excavadores que vienen hacia nosotros por el lado opuesto, de igual modo oímos, a intervalos, los golpes de pico de nuestros camaradas pasados al Más-Allá". A todos estos testimonios, agregaré yo el mío personal.

Treinta años de experimentación rigurosa verificada en ambientes diversos con numerosos sujetos, me han demostrado que, si los fenómenos llamados "psíquicos" se explican en parte por la exteriorización de fuerzas que emanan de los vivos, una cantidad importante de ellos no se pueden explicar más que con la intervención de entidades invisibles. Y éstas no son sino los espíritus de los difuntos que subsisten bajo formas sutiles, imponderables, cuyos elementos pertenecen a la materia quintaesenciada.

La explicación espírita es, pues, la única que responde de una manera completa a la realidad de los fenómenos considerados en sus múltiples aspectos. Ellos nos proporcionan la prueba de que un océano de vida invisible nos rodea, nos envuelve, y que, en el Más Allá, el ser humano se halla a sí mismo en la plenitud de sus facultades y de su conciencia.

Fiel al método experimental, voy a presentar algunos hechos más que demuestran la realidad de una intervención invisible y suministran indicaciones sobre su naturaleza y su identidad. Los hechos me parecen mucho más elocuentes que todos los comentarios.

He aquí la copia de un acta que tengo a la vista:

"El 13 de enero de 1899, doce personas se reunieron en casa de M. David, plaza Corps-Saints 9, en Aviñón, para celebrar su sesión semanal de Espiritismo. Después de un momento de recogimiento, vimos a la médium, señora Galias, en trance, volverse hacia el abate M. Grimaud y hablarle con el lenguaje mímico utilizado por ciertos sordomudos. Su rapidez de movimientos era tal que rogamos al espíritu se comunicase más despacio, lo que hizo en seguida. Por una precaución cuya importancia se echará de ver en seguida, el abate M. Grimaud no hizo sino enunciar las letras a medida que el médium las transmitía. Como cada letra aislada no significa nada, era imposible interpretar el pensamiento del espíritu. Solamente al final de la comunicación lo pudimos conocer, cuando la leyó uno de los dos miembros del grupo encargados de transcribir las letras. Además la médium empleó un doble método: el de enunciar todas las letras de una palabra, para indicar su ortografía, única forma sensible a los ojos, y el de enunciar la articulación, sin tener en cuenta la forma gráfica, método este que inventó M. Fourcade y que se emplea solamente en el establecimiento de sordomudos de Aviñón. Estos detalles los facilita el abate Grimaud, director y fundador de dicha institución.

La comunicación, que se refería a la obra altamente filantrópica a la que estaba dedicado el abate Grimaud, la firmaba: "Hermano Fourcade, fallecido en Caen".

Ninguno de los asistentes, exceptuando al venerable sacerdote, ha conocido ni ha podido conocer al autor de esta comunicación, ni su método, aunque pasó algún tiempo en Aviñón, hace treinta años.

Firman los miembros del grupo que asistieron a esta sesión: Tousier, director del Banco de Francia, retirado, Roussel, director de la banda del 58° Regimiento; Domenach, teniente del 58° Regimiento; David, comerciante; Brémond, Canuel, de Trousier, Roussel, David y Brémond".

A dicha acta se adjunta el siguiente testimonio:

"El infrascrito, Grimaud, presbítero, director y fundador de la institución para inválidos de la palabra, sordomudos, tartamudos y niños anormales, de Aviñón, certifico la exactitud absoluta de todo cuanto se detalla más arriba. En honor a la verdad debo decir que estaba lejos de esperarme semejante manifestación. Comprendo toda la importancia de la misma desde el punto de vista de la realidad del Espiritismo, del que soy fervoroso adepto, no teniendo inconveniente alguno en declararlo públicamente.

Aviñón 17 de abril de 1899.

Firmado Grimaud, presbítero.

Podemos citar, además, la aparición fotografiada de un bóer, relatada por W. Stead, el gran publicista inglés desaparecido en la catástrofe del Titanic. Este bóer, llamado Piet Botha, era absolutamente desconocido de Stead y fue reconocido más tarde por varios delegados de África del Sur llegados a Inglaterra (Véase la Revue del 15 de enero de 1909).

Hablando de las pruebas de identidad proporcionadas por difuntos, A. Conan Doyle, el gran escritor inglés en su libro La Nueva Revelación, recuerda el caso de un espíritu desconocido que pretendía llamarse Manton, haber nacido en Lawrence Lydiard y estar enterrado en Stoke Stewington desde 1677. Se demostró después, perfectamente, que un hombre llamado así vivió y fue capellán de Oliverio Cromwell. Y añade:

"Puesto que la señorita Julia Ames ha podido revelar al señor Stead detalles de su propia existencia en esta tierra, que él no podía sospechar y cuya exactitud se comprobó posteriormente, nos hayamos inclinados a admitir como verdaderas también esas revelaciones cuya prueba no puede obtenerse.

Y más aún, puesto que Raymond Lodge ha podido describir una fotografía de la cual no había entrado en Inglaterra ninguna copia, y cuya muestra se encontró absolutamente de acuerdo con la descripción que había hecho de ella; y si ha podido informarnos por labios extraños toda clase de detalles de su vida familiar detalles cuya exactitud comprobó y certificó su padre, el rector O. Lodge. ¿No es acaso, razonable suponer que este Raymond no es menos digno de fe cuando describe las fases de su propio género de vida, que cuando se comunica con sus padres?

O cuando el señor Arthur Hill recibe mensajes de personas cuya existencia ignora y comprueba que dichos mensajes son verdaderos en todos sus detalles, ¿no es una consecuencia lógica admitir que los espíritus dicen la verdad cuando nos dan a conocer sus nuevas condiciones de existencia?"

Posteriormente, en una conferencia pronunciada en Leicester, sir Arthur Conan Doyle relataba el siguiente hecho: "Dos amigos suyos, el reverendo Crewe y el doctor Philips, abogado, hallaron una noche en la calle Oxford, en Londres, a un joven inglés en estado de ebriedad. El padre Crewe, que es clarividente, vio la forma espiritual de una mujer que estaba de pie junto al joven y le miraba compasivamente. Acercándose ambos amigos trabaron conversación con él y supieron que este joven que había descendido tanto, era sobrino de un alto dignatario de la Iglesia.

El reverendo Crewe habló al descarriado de la figura espiritual que había visto, añadiendo: Creo que es su propia madre. El joven respondió: La describe usted tal como

era mi madre. El eclesiástico añadió: Cuando esté usted mejor haremos una pequeña sesión. La sesión se celebró entre los tres. El padre Crewe cayó en trance y la madre, hermana del alto dignatario eclesiástico, tomó posesión de él y habló a su hijo. Cuando el médium volvió en sí, el joven sollozaba a un lado de la mesa y el abogado al otro. Le explicaron entonces que la madre del joven le había repetido a éste las últimas palabras que había pronunciado en el momento de su muerte, añadiendo que él había llegado ahora a un recodo de su camino y que en lo sucesivo todo le iría mejor".

El conferenciante agregó que había recibido del citado joven una carta dándole todos estos detalles y concluyendo con estas palabras: "Este es mi tributo a la causa que me ha salvado. Voy a tratar de no recaer" (8).

(8) "Annales des Sciences Psychiques, 1919. Nos. 6 y 7, pág. 112

Al final de su obra *La Nueva Revelación*, sir Arthur Conan Doyle se eleva a altas consideraciones, y hace observar la influencia que ejercen los fenómenos sobre el pensamiento y el corazón de los hombres. Y termina con estas hermosas palabras de Gerald Massey: El Espiritismo ha sido para mí, como para otros os muchos, el ensanchamiento de mi horizonte mental y la penetración del cielo, la transformación de la fe en hechos reales; sin él, no puede compararse la vida sino a un viaje efectuado en el fondo de la bodega de un barco, con las escotillas cerradas, en el cual el viajero no percibiese otra claridad que la de una vela, y al cual se le permitiese de pronto, en una espléndida noche estrellada, subir al puente y contemplar por vez primera el prodigioso espectáculo del firmamento resplandeciente de la gloria de Dios".

Más recientemente el pastor Wynn, que goza de cierto renombre como predicador en Inglaterra, ha publicado un pequeño volumen muy sustancioso, en el que relata toda una serie de fenómenos, probatorios de la supervivencia de su hijo Ruperto.

Este joven, caído gloriosamente en las líneas inglesas durante el gran cataclismo (9) se ha manifestado de diferentes maneras, por varios médiums que ni le conocían a él ni a su padre, en condiciones notables de autenticidad. El señor Wynn, que era al principio escéptico con respecto al Espiritismo, ha llegado a reconocer su realidad, adhiriéndose a él públicamente.

(9) Se refiere a la guerra de 1914-1918.

A continuación reproducimos uno de los hechos señalados en su obra ¡Ruperto vive!

El autor se expresa así: "Una noche del mes de julio de 1918 subí a un vagón de tercera clase en la estación de Maryle - bone (barrio de Londres) para ir a Chesham. En el fondo del compartimiento se hallaban sentadas dos señoras, una frente a la otra. Me puse a leer mi diario *The Evening Standard*. Cuando el tren se aproximaba a Harrow, oí que una de las señoras decía a su acompañante: « Permítame: soy espiritista y médium; supongo que no tendrá usted miedo pero su madre está sentada junto a usted. Me dice que ha pasado al Más Allá recientemente y me ruega que le transmita algo a usted.

No olvidaré nunca la expresión de la señora a quien se dirigían estas inquietantes palabras. Se puso pálida. Sin duda se le despertaron sus prejuicios religiosos, y con una disposición de espíritu anticientífica, murmuró: "Pero yo no creo en el espiritismo. Es

contrario a mis principios. Por otra parte, yo no la conozco ni usted me conoce a mí. ¿Cómo sabe usted que mi madre ha muerto?”

“Yo sé que su madre ha pasado al Más Allá porque ella misma me lo dice, respondió la otra. Está sentada a su lado y me dice, además, que usted se llama Gracia.” (Aquí le informó de una comunicación personal que hizo cambiar de golpe las ideas de la escéptica señora. Me es imposible publicar esta comunicación, aunque forme parte de esta asombrosa revelación).

Volviéndose a mí la médium dijo: “Creo conocerle. Usted es el señor Wynn, de Chesham, ¿verdad? Su hijo Ruperto ha venido la otra noche a una de mis reuniones y me rogó que le pidiera a usted tener una sesión con mi marido y conmigo en su biblioteca, y que permitiese a mi marido fotografiarle a él.” La señora me hablaba tan tranquilamente y de un modo tan sencillo y natural como si me estuviese ofreciendo una taza de chocolate. “Señora, le dije, tanto mi esposa como yo tendremos mucho gusto en recibirla.”

La señora Rice, que así se llamaba, vino a Chesham con su marido. Nos sentamos en mi biblioteca. Esta señora que vive en Nara, Northwood, Middlesex, no había estado nunca en nuestra casa. Yo no le había dicho nada de Ruperto, y le tenía preparadas ciertas preguntas para poner a prueba su clarividencia. Hacía sólo unos minutos que se había sentado, cuando se manifestó el señor W. T. Stead. Era el aspecto, los ademanes, la voz del gran periodista, y me dio pruebas de identidad incontestables.

Después vino Ruperto, hablando con su tono familiar habitual. A preguntas mías me mostró el lugar de la casa donde dormía, el cajón donde colocaba sus cartas. Habló de la gata que una vez trajo del campo, pequeña, sucia y medio muerta, nos dijo el nombre, el color del pelo y nos dio una multitud de detalles de nuestra vida íntima que la médium no podía conocer de ninguna manera. Después obtuvimos la fotografía de Ruperto, y esto en forma tal que los peritos fotógrafos a quienes se las mostré me afirmaron que les sería imposible, con todos sus recursos obtener un resultado semejante. Todos los miembros de la familia y amigos de mi hijo lo reconocieron exactamente”.

Como conclusión, el pastor Wynn declara: "Antes yo creía en la supervivencia por acto de fe: hoy creo en ella porque sé que es cierta". Con respecto a sus convicciones religiosas, añade: "Estas investigaciones han tenido como resultado fortificar mi creencia en Cristo y en las enseñanzas del Nuevo Testamento. Hoy comprendo centenares de cosas de la Biblia que antes no podía comprender".

NATURALEZA DE LA MEDIUMNIDAD

Se llama mediumnidad el conjunto de facultades que permiten al ser humano comunicarse con Mundo Invisible. El médium goza por anticipado de los medios de percepción y de sensación que pertenecen más bien a la vida del espíritu que a la del hombre. Por eso tiene el privilegio de servir de lazo de unión entre ellos.

Hemos de ver en este estado el resultado de la ley de evolución y no un efecto regresivo, o una tara como creen ciertos fisiólogos que comparan a los médiums con histéricos y enfermos. Su error proviene, de que la gran sensibilidad, la impresionabilidad de ciertos sujetos provoca en su organismo físicas perturbaciones sensoriales y nerviosas; pero éstas son excepciones que sería erróneo generalizar porque la gran mayoría de los médiums poseen una buena salud y un perfecto equilibrio mental.

Toda la extensión de las percepciones del alma es una preparación para una vida más amplia y más elevada, una salida abierta a un horizonte más vasto. Desde este punto de vista las mediumnidades, en conjunto, representan una fase transitoria entre la vida terrestre y la vida libre del espacio.

El primer fenómeno de este género que llamó la atención de los hombres fue la visión. Por ella se revelaron desde el origen de los tiempos la existencia del mundo del Más Allá y la intervención entre nosotros de las almas de los difuntos. Estas manifestaciones, al repetirse, han dado nacimiento al culto de los espíritus, punto de partida y base de todas las religiones. Después las relaciones entre los habitantes de la Tierra y los del espacio se establecieron de las más diversas y variadas formas, que se han desarrollado a través de las edades bajo distintos nombres, pero todas parten de un principio único. Por medio de la mediumnidad siempre ha existido un lazo entre ambos mundos, una vía trazada por la cual el alma recibía revelaciones gradualmente más elevadas acerca del bien y del deber, luces cada vez más vivas sobre sus destinos inmortales.

Los grandes espíritus, por efecto de su evolución, adquieren conocimientos progresivamente más amplios y se convierten en instructores, en guías de los humanos cautivos en la materia... La Autoridad y el prestigio de sus enseñanzas quedan realizados aún más por las profecías, las previsiones que les preceden o les acompañan.

En otra parte, hemos estudiado detalladamente los diferentes géneros de mediumnidad de los fenómenos que producen. Allí puede verse cómo se estableció la comunión de los vivos y los muertos; cómo se constituye esa frontera ideal donde las dos humanidades, una visible e invisible la otra, se ponen en contacto; cómo gracias a esa penetración se extiende y se precisa nuestro conocimiento de la vida futura, la noción que poseemos de las leyes morales que la rigen, con todas sus consecuencias y sanciones.

Por todos los procedimientos medianímicos los espíritus superiores se esfuerzan en atraer al alma humana de las profundidades de la materia hacia las altas y sublimes verdades que rigen al Universo, para que se imbuya de los altos fines de la vida y encare la muerte sin terror, para que aprenda a desprenderse de los bienes pasajeros de la Tierra y prefiera los bienes imperecederos del espíritu.

A los espíritus superiores se unen las almas amantes de los parientes difuntos, cuya solicitud sigue extendiéndose sobre nosotros y nos asiste en nuestras dolorosas luchas contra la adversidad y contra el mal. Así la mediumnidad bien ejercida se convierte en un manantial de luces y consuelos. Por su intermedio las voces de lo alto nos dicen: "Escuchad nuestras llamadas, vosotros que buscáis y lloráis; no estáis abandonados. Hemos sufrido para lograr establecer un medio de comunicación entre vuestro mundo olvidadizo y nuestro inundo del recuerdo. La mediumnidad ya no se verá envilecida, menospreciada, maldita, porque los hombres no podrán ya desconocerla. Ella es el único lazo posible entre los vivos y nosotros, a quienes nos llamáis muertos. ¡Esperad: no dejaremos cerrarse la Puerta que hemos entreabierto para que en medio de vuestras dudas y vuestras inquietudes pudieseis entrever las claridades celestes!"

Después de haber mostrado el gran papel de la mediumnidad, conviene señalar las dificultades que halla su aplicación. En primer lugar diremos que son escasos los buenos médiums. No porque falten facultades notables, sino que a menudo quedan sin utilidad práctica por falta de estudios serios y profundos. Muchos médiums se ocultan en los círculos íntimos, en las reuniones familiares, al abrigo de las exigencias exageradas y los contactos desagradables. ¡Cuántas jóvenes de organismo delicado, cuantas señoras que conocemos, retraídas por el temor a la crítica y las malas lenguas, ahogan y pierden hermosas facultades medianímicas por no emplearlas bien, con una buena dirección!.

Los adversarios del Espiritismo siempre se han dedicado a denigrar a los médiums acusándolos de fraude, procurando hacerles pasar por neuróticos y tratando por todos los medios de apartarlos de su misión; sabiendo que el médium es condición esencial del fenómeno, esperan de este modo destruir el Espiritismo en sus mismos cimientos. Es importante que hagamos fracasar esta táctica y, para ello, hemos de dar ánimo y ayuda a los médiums, rodeando el ejercicio de sus facultades de todas las precauciones necesarias.

La guerra ha segado millones de vidas en plena juventud y virilidad. Las epidemias, los azotes de todas clases han dejado enormes vacíos en el seno de las familias. Todos estos espíritus innumerables tratan de manifestarse a aquellos a quienes han amado en la Tierra, para probarles su afecto, su ternura, para secar sus lágrimas, para calmar sus dolores. Por otra parte, las madres, las viudas, las novias, los huérfanos tienden sus manos y sus pensamientos hacia el cielo en la angustiada espera de noticias de sus muertos, ávidos de recoger pruebas de su presencia, testimonio de su supervivencia.

Casi todos poseen facultades latentes e ignoradas que podrían permitirles entablar relaciones con sus difuntos. Por todas partes existen posibilidades de establecer un lazo entre estas dos multitudes de seres que se buscan, se atraen y desean fundir sus sentimientos y sus corazones en una común armonía. El Espiritismo y la mediumnidad es lo único que puede realizar esta dulce y santa comunión y traer a todos la paz y la serenidad del alma que da fortaleza y convicción.

Es, sobre todo, entre esas víctimas de la guerra cruel, en el seno del pueblo, entre los humildes, los pequeños, los modestos donde hay que buscar los recursos psíquicos que permitan a nuestros amigos del espacio proporcionarnos pruebas de la persistencia de su vitalidad y la prenda de nuestra reunión futura. ¡Cuántas facultades duermen

silenciamiento en el fondo de esos seres esperando la hora de abrirse, de florecer, de producir frutos de verdad y de belleza moral!

En este aspecto, grande es la tarea que incumbe a los espíritus esclarecidos, a los abnegados, creyentes, a los apóstoles de la gran doctrina. Su deber es sacudir la indiferencia de unos, la apatía de otros, ir al encuentro de todos esos agentes oscuros de la obra de renovación, instruirlos, poner en acción los resortes escondidos las riquezas insospechadas que poseen y conducirlos al fin señalado. Para cumplir esta tarea hay poseer ciencia y fe. Gracias a esta última y por análogos procedimientos, los apóstoles de los primeros tiempos cristianos han suscitado en su derredor los milagros, y, con ellos el entusiasmo religiosos que debía transforma la faz del globo.

En nuestros días, es necesario no solo la fe ardiente, sino también el conocimiento de las leyes precisas que rigen los mundos visibles e invisible, con el fin de facilitar su armonía, su reciproca interpretación, separando de la experimentación los elementos de error, de perturbación y de confusión.

En un adiestramiento gradual veremos ensancharse el círculo de las percepciones y de las sensaciones psíquicas, y quedará evidenciada la más imponente certeza de la perennidad del principio vital que nos anima.

El alma humana aprenderá a conocer las sombras y los esplendores del Más Allá y en este conocimiento, hallará una tregua para sus dolores y un manantial de fuerzas en la desgracia y frente a la muerte.

PRACTICA DE LA MEDIUMNIDAD

El estudio y la aplicación de las facultades medianímicas son de capital importancia, ya que según el uso que se haga de estos dones, pueden resultar un bien o un mal para quienes los poseen y para la causa que pretenden servir.

El Espiritismo es un arma de dos filos: arma poderosa con el apoyo de los Espíritus elevados para combatir el error, la mentira, todas las miserias morales de la humanidad; pero un arma peligrosa también por la acción de los Espíritus inferiores y malos. En este caso, puede volverse contra los médiums y los experimentadores y herirles en su salud y su dignidad causándoles desordenes graves. En la experimentación espiritista, todo depende de los Invisibles. La naturaleza y la calidad de su acción varían según el valor de las entidades que se manifiestan.

Los espíritus elevados derraman sobre nosotros fluidos puros y bienhechores que reconfortan nuestras almas y calman nuestros dolores, predisponiéndonos a la bondad y a la caridad. En su trato obtenemos las fuerzas necesarias para vencer nuestros defectos y perfeccionarnos.

Las manifestaciones de los espíritus inferiores pueden ser útiles por las pruebas de identidad que proporcionan, pero, a la larga, sus fluidos pesados y malsanos alteran el estado de salud de los médiums, enturbian su juicio y su conciencia, y en ciertos casos, desembocan en la obsesión y en la locura.

Las trágicas escenas descritas por el doctor Paul Gibier en su libro Espiritismo o Fakirismo Occidental, de las que casi resulta víctima, los ejemplos que encontramos casi en todas partes, nos demuestran hasta la evidencia los riesgos que se corren al establecer relaciones con determinados habitantes del espacio. Practicar la mediumnidad sin rodearse de las necesarias precauciones, equivale a abrir la puerta de par en par a los asaltantes de la calle.

Recordemos en qué consisten las precauciones indispensables. Antes de cada sesión, hay que invocar a los espíritus guías y asegurarse una protección eficaz que, apartando las malas influencias, establezca en el ambiente invisible la misma disciplina que el presidente del grupo debe imponer a los asistentes. Con este fin Allan Kardec recomienda la oración y nosotros no titubeamos en insistir en esa opinión. Sin duda que, como a él, nos tratarán de místicos, siendo así que lo que hacemos es observar y aplicar la ley universal de las vibraciones que une a todos los seres y a todos los mundos y los liga a Dios. La ciencia comienza a balbucear los primeros elementos de esta ley con el estudio de la radioactividad de los cuerpos, con la aplicación de las ondas y corrientes a larga distancia. Pero a medida que prosiga las investigaciones en el dominio de lo Invisible, comprobará su maravillosa armonía y sus vastas consecuencias. Desde este punto de vista, le están reservados espléndidos descubrimientos, porque en ello reside todo el secreto de la vida superior, de la vida libre del Espíritu en el espacio y las reglas de sus manifestaciones.

Con el pensamiento y la voluntad podemos poner en movimiento todas las fuerzas escondidas en nosotros mismos. Nuestras irradiaciones fluídicas se impregnan de las

cualidades o los defectos del pensamiento y crean en torno de nosotros un ambiente de conformidad con nuestro estado anímico. Como la oración es la expresión más alta y más pura del pensamiento, traza una vía fluídica que permite a las entidades del espacio descender hacia nosotros y comunicarse; en los grupos, constituye un medio favorable a la producción de fenómenos de orden elevado, al mismo tiempo que preserva contra los malos espíritus.

Para que sea eficaz y produzca todo el efecto deseado, la oración debe ser un llamamiento ardiente, espontáneo, y, por consiguiente de breve duración; por el contrario, las oraciones vulgares, recitadas de labios afuera, sin calor comunicativo, no producen sino irradiaciones débiles e insuficientes. Fácil será comprender, pues, la necesidad de que haya en las sesiones unión de pensamientos y voluntades. Debe tenerse presente, sobre todo, la importancia que revisten en las emisiones fluídicas los sentimientos de fe, de confianza, de desinterés, en una palabra: todas las cualidades morales, las facilidades que ellas dan a los buenos espíritus a la par que los obstáculos que oponen a la acción de los espíritus mal intencionados. Y todo esto sin excluir el libre examen y las condiciones de control que ningún observador debe abandonar jamás.

Tampoco hay que sorprenderse si los resultados obtenidos son relativamente trabajosos y pobres, en ambientes donde reina una atmósfera de escepticismo, donde se pretende dar órdenes a los fenómenos y a los espíritus, y en los que, sin saberlo, se crean trabas a las manifestaciones de orden elevado. Además, el presidente de cada grupo debe esforzarse en obtener silencio y recogimiento durante las sesiones, y evitar las preguntas inoportunas y demasiado personales que pretenden dirigirse a los espíritus, a efectos de mantener dentro de lo posible la unión de los pensamientos y de las voluntades dirigiéndolos hacia una finalidad común. Los pensamientos divergentes, las preocupaciones materiales forman corrientes encontradas, una especie de caos fluídico que dificulta la intervención de los guías, mientras que la concordancia de intenciones y de sentimientos establece la fusión armónica de los fluidos y crea un ambiente propicio a su acción.

La sesión debe terminarse con algunas palabras de agradecimiento a los espíritus protectores e invitando a los concurrentes a aprovechar las enseñanzas recibidas, practicando la moral que de ellas se deriva. Con sus críticas nuestros contradictores inexpertos demuestran con frecuencia su escasa competencia en estos asuntos. Pero, por otro lado, todos los magnetizadores conocen la propiedad de los fluidos de reflejar exactamente nuestro estado anímico y saben imprimirle a veces cualidades benéficas y curativas.

También es posible demostrar experimentalmente la existencia y la variedad infinita de estos fluidos que difieren en cada personalidad. Pueden fácilmente impresionarse placas fotográficas con las irradiaciones que se desprenden de nuestros dedos y nuestros cerebros y registrar nuestros efluvios que varían según las disposiciones personales.

El ejercicio de la mediumnidad encuentra dos escollos temibles: el espíritu de lucro y el orgullo. ¡Cuántos médiums que han comenzado animados de un sincero deseo de servir a nuestra causa han terminado, a instigaciones de este último defecto, por caer en el ridículo, convirtiéndose en la irrisión de todos!

Si la satisfacción de sí mismo es perfectamente legítima cuando es el resultado de cualidades o de méritos adquiridos por medio de trabajos o de estudios prolongados. ¿Cómo sentir orgullo por una facultad que ha venido de lo Alto y que no ha demandado ni dispendios ni esfuerzos? El orgullo es el que inspira esas rivalidades, esas envidias mezquinas entre médiums, causas frecuentes de disgregación en algunos grupos. Es preciso que cada cual se contente con lo que recibe.

Cuando el médium está exento de vanidad, es sencillo de corazón y, con la sinceridad de su alma, bajo la mirada de Dios, ofrece su concurso a los buenos espíritus, éstos se apresuran a asistirle y le ayudan a desarrollar sus facultades. Tarde o temprano llevan a su lado a sus parientes fallecidos, los amados muertos, reanudándose una dulce intimidad, fuente de alegrías y consuelos. Poco a poco el médium se va haciendo el artífice bendito de la obra de renovación. Recibe y transmite las instrucciones que iluminan la vida y a todos trazan la vía de la ascensión; entonces proporciona la ayuda moral que hacen más fácil el deber y hacen más soportable la prueba.

Así, con la enseñanza de los Espíritus la noción de la justicia se extenderá por el mundo. Al conocer que venimos casi todos a expiar faltas anteriores, el hombre no se sentirá inclinado a murmurar contra su suerte y su pensamiento se elevará por encima de las miserias de este mundo, evitando que sus actos y sus palabras aumenten el peso de las iniquidades que sobre sí recaen. Entonces la vida social podrá mejorar y la humanidad adelantará un paso. Todas esas humildes vidas de médiums que de no ser por eso, quedarían oscuras e insignificantes, se verán enriquecidas por la misión recibida, iluminadas por un rayo divino y se convertirán en elementos de progreso y de regeneración.

El contacto con lo Invisible, con las almas puras y grandes, acrecienta las facultades psíquicas y multiplica los medios de percepción. En las sesiones bien dirigidas el médium percibe cada vez más las irradiaciones, los efluvios de los mundos superiores. Experimenta una dilatación de su ser, una suma de goces que escapan al análisis y que son como una anticipación a la vida espiritual, un prelude de la vida del espacio. Es una compensación ofrecida, ya en esta existencia, a las fatigas y trabajos que lleva implícitos el ejercicio de la mediumnidad.

El médium sincero, leal, desinteresado, como decíamos, puede estar seguro de la asistencia de los buenos espíritus; pero si se deja invadir por el amor al lucro o por el orgullo, los espíritus guías se alejan y dejan el sitio a los espíritus ligeros y atrasados. Entonces abundan los engaños y las supercherías. Aparecen mensajes firmados con nombres pomposos, de estadistas, reyes, emperadores, poetas célebres, y cuando se tamizan esas comunicaciones por la criba de la razón y de la reflexión, se da cuenta uno de que es víctima de un fraude.

No es que queramos decir que esos espíritus no se comunican nunca. Pero aconsejamos la mayor prudencia en este punto, pues sabemos por experiencia que a los espíritus elevados que han llevado nombres ilustres en la Tierra no les gusta vanagloriarse de ellos, prefiriendo manifestarse con nombres alegóricos o seudónimos. Demasiados médiums han contribuido, de esa manera, a desnaturalizar el Espiritismo. Allan Kardec, por la rectitud de su carácter, la dignidad de su vida y por la elevación de sus pensamientos, ha tenido el privilegio de atraer a espíritus nobles y elevados. Leamos y

meditemos sus libros, que son expresión de la más pura sabiduría y verdad. Por ejemplo, en sus obras, este gran escritor se ha levantado siempre con vigor contra el principio de la mediumnidad asalariada, como causa de abusos innumerables.

Recordemos ante todo que la mediumnidad es variable, cambiante, y puede desaparecer tal y como ha venido. No exige estudios previos ni una laboriosa preparación como la adquisición de un arte, de una ciencia, etc. Es un don que se retira cuando se abusa de él: los ejemplos de ello son frecuentes. La mediumnidad, cuyos resultados son muy diversos según los lugares, el ambiente, y la protección oculta, y son con frecuencia incluso negativos, se presta poco a una utilización regular y continua. Los guías serios, los espíritus elevados, no se prestarían a ello.

Admitimos no obstante, que los sabios y los experimentadores que se sirven de las facultades de un médium y acaparan su tiempo, convengan con él arreglos y les indemnicen por sus viajes y por las horas perdidas. Asimismo, consideramos que los grupos deben a los médiums, después de prolongados servicios, muestras de simpatía y atenciones, a condición de que ello no atente contra el principio de la mediumnidad gratuita y desinteresada.

Podrá objetárenos que Allan Kardec hace cincuenta años que falleció. Las circunstancias, se nos dirá, han cambiado, el Espiritismo se ha extendido, la ciencia comienza a interesarse por sus fenómenos y es conveniente proporcionarle los medios de comprobarlos, de confirmarlos. A esto responderemos que los preceptos formulados por Allan Kardec, no han perdido nada su oportunidad. Y precisamente porque el Espiritismo se extiende y está llamado a representar un gran papel, porque lleva en sí los elementos de salvación y de regeneración, es por lo que hay que aplicarse a preservarlo a toda mancilla, a evitar cuanto pueda disminuir su valor y su belleza. Ahora bien; es incontestable que todo lucro inspira desconfianza. El afán de ganar lleva al charlatanismo y al engaño. Cuando el médium ha tomado la costumbre de sacar provecho material de sus facultades, va resbalando poco a poco hacia el fraude, porque si los fenómenos no se producen, se ingenia en imitarlos.

En todas partes en el que el Espiritismo es objeto de comercio, los espíritus serios se alejan y los inferiores vienen a ocupar su lugar. En estos ambientes el Espiritismo pierde toda influencia bienhechora y moralizadora para convertirse en un verdadero peligro, en una explotación del dolor y del recuerdo a los muertos.

En resumen, repetimos a los espiritistas y a los médiums: En vuestras reuniones practicad siempre el recogimiento y la oración. Que sea esta un cohete luminoso que alcanza directamente su fin y os trae los buenos espíritus, si no es así no vendrán las almas que deseáis, no vendrán vuestros muertos queridos.

No hagáis de vuestras sesiones un objeto de diversión, de curiosidad, un espectáculo para boquiabiertos, sino un acto grave y solemne, un acto de cultura intelectual y moral. No atraigáis a los espíritus de orden inferior cuyos fluidos pueden alterar vuestra salud y pueden provocar casos de obsesión. No evoquéis a vuestros guías, sino a conciencia de lo que hacéis y con respeto. Todos tiene su misión que cumplir en el Más Allá; sus ocupaciones son múltiples y absorbentes. Su vida dista mucho de ser la beatitud soñada; es una actividad constante, una dedicación abnegada hacia todas las grandes causas. Sus

enseñanzas, sus consejos os ayudarán a soportar las vicisitudes de la existencia terrenal. Ellos os darán la certeza de nuevas vidas futuras, vidas de trabajo, de purificación, de deber por medio de las cuales vuestras almas, al hacerse más ingravidas, subirán un día hacia esas esferas luminosas en las que comenzarán a gozar las alegrías de lo infinito.

En estos momentos se levanta en el mundo una gran esperanza, comienza a alumbrar una nueva aurora para el pensamiento y para la ciencia. El Espiritismo, que se basa en la verdad, es imperecedero, pero su marcha puede verse entorpecida por los errores y las faltas de sus propios partidarios, aún más que por la oposición y los manejos de sus adversarios.

Llegará un día en que todo cuanto los espíritus enseñan desde hace casi un siglo sobre el periespíritu, los fluidos, la sucesión de existencias será admitido como cierto y confirmado por la ciencia. Se reconocerá entonces la importancia de la oración en la comunión universal de los seres. Y las letanías monótonas e interminables de la Iglesia cesarán para dar lugar al grito del alma hacia su Padre, al llamamiento ardiente del ser humano a Aquel de quien todo emana y hacia quien todo vuelve eternamente.

Cuando tal día llegue, la religión y la ciencia se fundirán en una concepción más amplia de la vida y del destino. El Espiritismo será el culto de la familia; el padre más instruido, más culto, reemplazará al sacerdote; la esposa y las hijas serán las médiums por cuyo intermedio los antepasados, los manes de los abuelos se manifestarán y asegurarán su influencia moral. Será el retorno a la religión sencilla y primitiva, enriquecida por el progreso y la evolución de los siglos; sobre ese culto familiar se cimentarán las imponentes reuniones y las más altas manifestaciones de orden estético.

Pero, para que el Espiritismo realice todo su programa renovador hay que separar de su seno los gérmenes mórbidos, todos los elementos malos que podrían entorpecer o detener su impulso. Desde este punto de vista, la responsabilidad de los espiritistas es grande, pues deben evitar con cuidado todo cuanto pueda retardar el grandioso florecimiento de nuestras creencias y sus efectos moralizadores.

El Espiritismo, después de haber sido tanto tiempo escarnecido, menospreciado, se impone definitivamente por el poder de sus hechos y la belleza moral de su doctrina. Se ha convertido en una fuerza radiante que se extiende progresivamente por el mundo. Después de las pruebas de una guerra de cinco años, después del luto y el vacío causado por tantas partidas, muchas miradas llorosas se vuelven hacia él.

Nosotros, que hemos conocido las dificultades y los sufrimientos desde el principio, comprobamos con alegría este inmenso impulso que lleva a las almas hacia nuestras creencias. Sin embargo, para asegurar la difusión y el triunfo definitivo, para obtener el respeto de sus mismos adversarios y desempeñar el papel salvador que le corresponde en la obra del resurgimiento de la Patria, el Espiritismo debe cumplir una condición absoluta, sin la cual no es posible éxito alguno, y esta condición no es otra que la de ser siempre honrado, siguiendo las tradiciones de su venerado Codificador.

ANÁLISIS DE LA MEDIUMNIDAD

El fenómeno de la mediumnidad es complicado y exige ciertas explicaciones. Todos los que han estudiado algo las ciencias ocultas saben que el hombre tiene un organismo fluídico invisible, envoltura inseparable del alma, que progresa, se afina y se depura con ella. El cuerpo físico con sus cinco sentidos, no es sino su representación grosera, su prolongación en el plano material. Los sentidos psíquicos ahogados bajo la carne en la mayoría de los hombres, recobran una parte de sus medios de acción y de percepción durante el sueño y después de la muerte.

Esta envoltura sutil es en verdad nuestra verdadera forma indestructible, anterior al nacimiento y sobreviviente a la muerte.

Ella es el asiento permanente de las facultades del espíritu, mientras que el cuerpo material no es sino una especie de vestido prestado. Esta forma, elástica y comprimible, explica el fenómeno del crecimiento por su acción sobre el cuerpo del niño que ella hace desarrollar hasta que ha alcanzado su tamaño normal.

La mediumnidad es, pues, el poder que poseen ciertos seres de exteriorizar esos sentidos profundos del alma que en la mayoría de nosotros permanece inactivos y velados durante la vida terrestre; es una manera de penetrar por anticipado en el Mundo de los Espíritus.

En muchos casos no son los espíritus los que vienen al médium, sino éste quien va hacia ellos. La célebre vidente de Prévorst se quejaba un día de que los espíritus se inmiscuían demasiado a menudo en su vida íntima. Y éstos le contestaron: "No somos nosotros los que venimos a ti; eres tú quien viene a nosotros".

La mediumnidad es, pues, por excelencia la reveladora de las potencias del alma; es, también, un resumen de nuestros modos de vida y de percepción del Más Allá. Desde este punto de vista presenta un doble interés. La participación del médium en muchos fenómenos es grande y no se puede desconocer que generalmente su personalidad juega en ellos un cierto papel. Pero a medida de que sus facultades se desarrollan, se hace más consciente de la parte que se le puede atribuir y de la que corresponde a los espíritus, especialmente en los fenómenos de escritura.

Entre los médiums en desarrollo, el cerebro es comparable a un teclado incompleto, o por mejor decir, a una placa fotográfica desigualmente sensibilizada, que registra de una manera imperfecta las imágenes y los pensamientos que debe reproducir. El pensamiento del espíritu no está representado por trozos de frases y fragmentos de ideas. Se impone la necesidad, pues, para éste, de llenar las lagunas utilizando términos e imágenes tomados de las costumbres del sujeto.

En muchos fenómenos, decimos, se encuentra una parte atribuible al médium, al propio fondo de ideas, de conocimientos, de expresiones. En efecto, entre pensar y expresarse con el propio cerebro y hacerlo por intermedio de un cerebro extraño, hay una gran diferencia. Nuestro órgano cerebral está adaptado por un prolongado y constante adiestramiento a nuestra mentalidad personal y revela uno de los aspectos de nuestro "yo". No ocurre lo mismo con un cerebro extraño y hemos de comprender las

dificultades que experimentan ciertos espíritus para comunicarse de modo tal claro y preciso como cuando estaban en la Tierra. Esta dificultad que es muy acentuada en los fenómenos de escritura, se encuentra también, pero en menor grado, en los fenómenos de incorporación.

Así, nuestro guía que dispone de una voluntad y una fuerza psíquicas excepcionales, y que sabe tomar plena posesión de los sujetos que utiliza, se ha servido algunas veces de términos graciosos que no le eran familiares y que sacaba del vocabulario del médium.

La espesa cortina que nos separa del Más Allá permanece impenetrable para el hombre revestido de su manto carnal; pero el espíritu exteriorizado del médium, así como el espíritu libre del difunto, puede atravesarla con la misma facilidad que un rayo de sol atraviesa una tela de araña. Basta con la exteriorización de uno solo de sus sentidos psíquicos para que el médium perciba los ruidos, las voces, las formas del Mundo Invisible. La intervención de los espíritus no es, pues, necesaria en ciertos fenómenos, como los de visión y audición. Pero si el médium es capaz de penetrar en el Más Allá por sus facultades propias, no lo es menos de transmitir a los vivos los mensajes de los habitantes de esas regiones. Inclusive puede en los casos de incorporación: proporcionarles los medios de manifestarse a los humanos con tanta precisión e intensidad como lo hubiesen hecho durante su permanencia en la Tierra, con su organismo propio.

El fenómeno de incorporación permite a los espíritus darnos pruebas de identidad más abundantes y más convincentes que cualquier otro de los procedimientos de comunicación. Quienes cocieron al difunto, no pueden confundirse: la voz, los ademanes, las ideas emitidas constituyen otros tantos elementos de certeza en lo que atañe a la personalidad del manifestante, especialmente cuando se sabe que el médium no ha podido conocerle ni recoger ningún informe sobre su manera de ser y sus costumbres.

Yo he podido disponer durante más de treinta años de una excelente médium parlante, por medio de la cual podía comunicarme con el Más Allá y recibir las instrucciones necesarias para proseguir mis trabajos. Tuve la desgracia de perder a esta médium hacia fines de 1917 y, desde entonces, he hallado bastante limitadas mis relaciones con mis guías. Después de años de una privación cruel, un buen día de verano vi llegar a dos señoras parisienses portadoras de unas líneas de recomendación del señor Leymarie, y que venían a pasar un mes de vacaciones en la Touraine. Me eran completamente desconocidas.

En el transcurso de una conversación, hablando de un amigo mío ciego que había tenido comunicaciones escritas, estas señoras expresaron el deseo de verle trabajar. Organicé una pequeña sesión. Ignoraba yo entonces que una de ellas era médium, pues no me había dicho nada. Así mi sorpresa fue grande cuando de pronto la vi sumida en trance y oí una voz fuerte que anunciaba la presencia de mi guía, del poderoso espíritu cuyos sabios consejos y tierna solicitud me han dirigido y sostenido siempre en mis tareas de propagandista. Durante la conversación que entablamos, de casi una hora, este espíritu me expuso sus puntos de vista acerca de la situación del Espiritismo, hablándome de nuestros comunes trabajos en el pasado con detalles minuciosos que la médium no podía conocer en absoluto. Todos los asistentes de antaño que habían participado en las

sesiones que he descrito en mi libro *En lo Invisible*, reconocieron a Jerónimo de Praga, mientras la sujeto ignoraba completamente cuanto se refería a este espíritu eminente. Tras un instante de reposo, otra entidad enteramente distinta se comunicó, pudiendo oír la dulce voz de la señora Forget.

La señora Forget era la médium preciosa a quien me refiero más arriba, ya liberada entonces de sus lazos terrestres. Con esa jovialidad que la caracterizaba y que hizo que la reconociesen en seguida sus amigos presentes, nos dijo que habiéndome visto privado a consecuencia de su partida de toda relación con el Más Allá, se había puesto en campaña "dando saltitos como un ratón". A fuerza de buscar había terminado por descubrir una sujeto capaz de reemplazarla. Ayudada por Jerónimo de Praga había sugerido a dicha señora que viniese a Tours para ponerse a mi disposición.

Ambas personas parisienses creían perfectamente, al venir a mi casa, que realizaban sus intenciones propias. Lo cual demuestra, una vez más, que los humanos ceden, más a menudo de lo que generalmente creen, a la influencia de los espíritus.

En el transcurso de la misma sesión, un incidente vino a proporcionarnos una notable prueba de identidad. Uno de nuestros médiums escribientes trazó, con ayuda de un benevolente espíritu, la queja de un suicida que imploraba la ayuda de nuestras oraciones. Este suicida lamentaba su situación dolorosa en términos que permitieron reconocerle.

Una señora vecina que había venido invitada por un miembro del grupo y asistía por primera vez a una reunión espiritista, manifestó al principio su escepticismo acerca de los fenómenos obtenidos. Pero al leer la comunicación última, palideció, se turbó y declaró que se trataba de su padre, de su propio padre que se había ahorcado hacía algunos meses, a consecuencia de reveses de fortuna. Este hecho nos fue confirmado posteriormente por otros habitantes de la misma localidad.

Yo he afirmado que el Espiritismo es la religión de la familia. En efecto, las relaciones constantes que nos permite mantener con nuestros queridos difuntos son, en nuestra vida, otros tantos elementos de fortaleza moral y de elevación. Nuestras reuniones íntimas son siempre un dulce consuelo y una confortación. Por ejemplo, el 2 de noviembre pasado, día de los muertos, nos reunimos en una sesión en la cual, por dos médiums en trance, nuestros queridos invisibles vinieron una vez más a conversar con nosotros. Mientras las multitudes invadían los cementerios en busca de una forma tangible de recuerdo, nosotros comulgábamos con nuestros amigos del espacio en el recogimiento del pensamiento y la dulce intimidad del corazón.

Después de las enseñanzas de Jerónimo de Praga y de Allan Kardec, escuchamos las ocurrencias humorísticas de Massenet. Luego presenciamos una escena emotiva, en la que el espíritu de la madre de un amigo nuestro ciego vino a prodigar a su hijo y a su nuera advertencias y tiernas exhortaciones que le arrancaron sollozos. Les dio consejos preciosos acerca de una situación delicada. Y todo ello por intermedio de un médium que no había conocido a dicho espíritu.

En una palabra, tuvimos durante algunas horas toda la gama de sensaciones y emociones en un lenguaje que iba de lo grave a lo dulce, de lo gracioso a lo severo, y que nos causó una profunda impresión. Al separarnos, sentimos todos que los lazos que

nos unían a nuestra familia espiritual se habían estrechado aún más, y que algo de la serenidad de los grandes espacios había descendido a nuestras almas.

El fenómeno espirita, decíamos, varía de naturaleza y de intensidad según las actitudes del médium. Si en el orden de los hechos materiales del espíritu busca sobre todo sujetos depositarios y transmisores de fuerzas radiantes, en el orden intelectual dedicará su atención, de preferencia, a los que, por tener una cierta altura, les ofrecen recursos más amplios para la elección de expresiones e ideas.

Le es muy difícil a un espíritu producir mensajes de forma literaria o científica por medio de un cerebro inculto. Si con un gran esfuerzo de voluntad puede hacer expresar por ese cerebro nombres, palabras, fechas que no se hallan registradas en él de antemano, no le es posible prolongar ese esfuerzo mucho tiempo.

"Cuando se nos ofrece una corneta, decía un espíritu, no podemos obtener de ella los sonidos de un arpa". Otro se servía de la siguiente comparación: "Nosotros experimentamos la misma repugnancia de servirnos de un cerebro inculto que una mano delicada de mujer en correr un enorme cerrojo oxidado".

Sucede, a veces, en las sesiones, que varios médiums escribientes obtienen simultáneamente mensajes firmados con el mismo nombre, expresando idénticas ideas bajo formas distintas. Por ello, entre los asistentes, se hacen muchos comentarios salpicados de sospechas y de crítica. ¿Hemos de colocar esos hechos entre los fraudes y las imposturas o ver en ellos la intervención de espíritus poco escrupulosos?

He aquí lo que nos dicta, a este respecto, uno de nuestros guías: "La telegrafía sin hilos ha revelado que una chispa eléctrica producida por una corriente de alta frecuencia envía ondas en todas las direcciones. Y estas ondas pueden ser captadas por aparatos receptores dispuestos igualmente en todas las direcciones. Un mismo mensaje puede ser, pues, percibido al mismo tiempo por varias escuchas. Este fenómeno se basa en una ley que se aplica también a las emisiones fluídicas. Éstas en lugar de ser producidas por una dínamo, pueden serlo por el pensamiento dirigido voluntariamente de cierta manera. Un espíritu encarnado o desencarnado puede, pues, producir en determinadas condiciones una chispa exactamente semejante a la de corrientes de alta frecuencia, y enviar ondas en todas las direcciones. Estas ondas pueden ser recibidas por sensitivos encarnados o desencarnados que hagan las veces de receptores. Un espíritu desencarnado puede influir perfectamente, según estas leyes, y en el mismo instante sobre varios médiums, sin moverse del plano que habitualmente ocupa; y así podrá enviar un mensaje escrito, un mensaje visual, (transmisión de imágenes por teléfono) (10), un mensaje auditivo, etc. según los médiums influidos. Y como las facultades intelectuales son más sutiles en nuestro plano que en el vuestro, podrá dictar a sus médiums varios mensajes de diferentes tenores sin tener necesidad, por eso, de desplazarse".

(10) más exactamente la televisión de hoy, que no se conocía entonces.

En cuanto al problema de la subconsciencia, que ha sido complicado y embrollado a gusto, se resume simplemente por la acción de nosotros y fuera de nosotros, de ese centro psíquico del que ya hemos hablado, donde se fusionan, en un sentido único todos los medios de perfección y de sensación del alma. Inconsciente, subconsciente,

subliminal, ego superior, no son sino palabras para designar un mismo principio, el centro de nuestro yo, de nuestra inteligencia, de nuestra conciencia plena e íntegra.

Por su desprendimiento parcial o total del cuerpo físico ese centro recobra su poder de irradiación, y al propio tiempo se despiertan en él los recuerdos, los conocimientos, las adquisiciones adormecidas en estado de vigilia y que los siglos pasados han ido acumulando en el fondo del ser. En estas condiciones el médium puede penetrar en el mundo visible e invisible y recoger y transmitir sus ecos, sus rumores, sus enseñanzas.

La telepatía, la psicometría, la premonición, la lectura del porvenir, los fenómenos de la intuición y hasta ciertos hechos de orden magnético se refieren a esta forma de acción. La mediumnidad constituye, pues, la posibilidad de irradiar nuestras fuerzas y nuestros sentidos ocultos. En este estado, el sujeto ofrece más facilidad y rapidez al espíritu para manifestarse.

En los fenómenos de escritura, el espíritu puede dirigirse, sea al subconsciente, sea a la conciencia normal del médium. El subconsciente, en el primer caso, transmite al cerebro las sugerencias del manifestante, pero entonces el médium no percibirá tan vivamente la personalidad extraña que se manifiesta por él. Entonces su influencia personal será preponderante e inevitable.

El médium puede, pues, entrar en relación con el Más Allá de dos maneras: por disociación de su centro psíquico, que le permite ejercitar sus sentidos en el Mundo Invisible y penetrar en sus misterios, o por la acción directa de los espíritus sobre su organismo fluídico, por medio del trance, de la escritura, de la mesa, de la plachenta, etc. El primer procedimiento es el más eficaz, porque su aplicación repetida aumenta poco a poco el poder de irradiación del médium y le abre el acceso a los planos superiores; así adquiere la plenitud del yo por la unión íntima de la conciencia superior con la conciencia física. Por otra parte, esa es la finalidad general de la evolución del alma: ampliar sin cesar el campo de sus irradiaciones y de sus percepciones; al mismo tiempo es una forma de preparación a la vida del espacio, a la posibilidad de gozar sus profundas alegrías y sus armonías sublimes.

En realidad, puede decirse que la mediumnidad llena la historia toda. Ella es uno de los focos que iluminan de siglo en siglo la marcha de la humanidad. Los inventores, los poetas, los escritores célebres, casi todos aquellos a quienes se califica de genios, tenían los sentidos psíquicos muy desarrollados y recibían las inspiraciones de altas entidades del espacio. Parece como si un vasto programa se desarrollase a través del tiempo. Los inventos, los descubrimientos se suceden en un orden previsto para marcar las etapas de la civilización. En este imponente rol la mujer tiene una parte considerable.

Sin hablar de Juana de Arco, cuya misión salvó a Francia en el siglo quince, misión que hemos estudiado en otra parte con todo detalle, recordemos en este punto la opinión de Paracelso, el gran médico del Renacimiento. Después de arrojar al fuego sus libros de medicina, declara: "es de las brujas de quien aprendí, todo cuanto sé de práctico y bienhechor". Michelet, en *La Sorcière*, se expresa en análogo sentido.

Sabido es que en la Edad Media y durante el Renacimiento todas las médiums eran consideradas como brujas. Aún hoy, es entre las mujeres donde hallamos las más notables facultades psíquicas. Recordemos también que los grandes predestinados, los

profetas, los fundadores de religiones, todos los mensajeros de la verdad y del amor han mantenido comunicación con lo Invisible. Merced a ellos se ha extendido por el mundo el pensamiento divino. Sus palabras y sus enseñanzas brillan como relámpagos en nuestra noche y forman otras tantas brechas sobre lo desconocido, sobre lo infinito.

Pueden compararse a esos claros que se producen un instante entre los nubarrones cuando hay tempestad, mostrándonos el cielo azul, profundo, luminoso para cerrarse en seguida. Pero ese instante basta para permitirnos entrever la vía ascensional, y la gran jerarquía de las almas que se escalonan en la luz de círculo en círculo, de esfera en esfera hasta Dios.

En torno de nosotros flota, en la atmósfera, la multitud de innumerables almas bajas y atrasadas retenidas por sus fluidos groseros en la esfera de atracción de la Tierra, y de cuyos vicios no se han librado con la muerte. Pero por encima de los tristes horizontes de nuestro globo planean las legiones de espíritus protectores, bienhechores, de todos aquellos que han sufrido por el bien, la verdad, la justicia. La escala de las inteligencias y de las conciencias va graduándose hasta las almas poderosas y radiantes, depositarias de las fuerzas divinas. A veces, esas altas entidades intervienen en la vida de los pueblos. No lo hacen en un modo tan notorio como en la epopeya de Juana de Arco.

Generalmente su acción es de menos relieve, más oscura, porque si las potencias invisibles y Dios mismo desean ser conocidos, también desean que el hombre aporte su esfuerzo y se haga apto para conocerles.

En cuanto a la elección de los medios y formas que esos grandes seres utilizan, hemos de recordar que nuestro saber es muy restringido y nuestras medidas muy cortas para abarcar los vastos planes de lo Invisible. Pero los hechos están ahí, incontestables, innegables, como hemos podido ver en el transcurso de la gran guerra pasada. (11).

De tiempo en tiempo, a través de la oscuridad que nos envuelve, en el flujo y reflujo de los acontecimientos, en las horas decisivas de la historia, cuando una sociedad, una nación o la humanidad misma se hallan en peligro, una emanación, una delegación del Poder supremo interviene para reaccionar contra el mal. Viene a mostrar a los hombres que hay por encima de la Tierra infinitos recursos y sociedades mejores a las que podemos llegar ahora con nuestros pensamientos y llamadas, y que un día lograremos alcanzar por nuestro propio mérito y esfuerzo.

(11) Véase El Mundo Invisible y La Guerra, Editora Argentina "1 8 de Abril", Buenos Aires, 1973.